

principales acontecimientos de esa empresa en honra de la cruz; la fama de su triunfo regocijando á su anciano padre, en recompensa de su piedad filial; sus Tres primeros viajes realizados con Tres buques en nombre de la Trinidad; su carrera de Descubrimientos componiéndose de Cuatro expediciones marítimas, su admisión en la familia franciscana que le valió Cuatro veces la hospitalidad de la Orden Seráfica en la Rábida y despues sus Cuatro viajes póstumos al descubrimiento de aquel reposo funerario que Dante pedía en vida á los franciscanos de Corvo; la asistencia visible de Dios durante sus gigantescos trabajos; las más grandes conquistas científicas debidas á ese hombre que los doctores modernos excluyen del número de los sabios; la proteccion otorgada á lo que le atañe y á los que van en su nombre; la iniquidad que le atribula y el padecimiento que le ejercita en la paciencia y resignacion; sus amarguras causadas todas ellas por aquellos á quienes está más afecto; la majestad de su vejez, la vigorosa poesia de su inteligencia resistiendo al tiempo y al infortunio; finalmente su lucida agonía y su muerte, acaecida el aniversario del día en que el Redentor subió á los cielos; esos extraños sucesos, esos contrastes, esas grandezas, que se dirian destinadas con mucha anterioridad al coturno y á la lira épica, ¿no dan á la biografía de Colon un distintivo especial sobre todas las biografías narradas por la historia?

Esos hechos no son ménos ciertos é indudables por que sean maravillosos y propios, para elevar la imaginacion y ejercitar el talento.

No comprendieron esas cosas asombrosas, ni las tuvieron en cuenta, aquellos que las vieron, que ayudaron á su cumplimiento ó fueron cooperadores de esos hechos curiosos. Los jefes de oficina de la marina, el miserable don Juan de Fonseca, hombres sin religion, eran ademias muy ineptos. No veian que sus chismes contribuian á la grandeza de su inocente enemigo, y que le ensalzaban á los ojos de la posteridad cuando creian haberle humillado á la vista de los cortesanos del Rey.

Pero, para ser justos, es preciso confesar que algunos cristianos de mucho valer, el ilustre franciscano, cardenal Ximenez de Cisneros, el sabio dominico Diego de Deza, arzobispo de Sevilla, entreveian el sello misterioso que tenia impreso en su frente su augusto destino. Algunos otros, alejados de la Corte, tenian tambien idea de su grandeza. Conocian, como el noble lapidario de Búrgos, que Cristóbal Colon habia desempeñado una mision providencial. Varios sabios teólogos y glosadores españoles han quedado despues asombrados de la relacion mística que existe entre los actos de Cristóbal Colon y ciertas palabras de los Libros Santos. El Padre Acosta reconoce que diversos pasajes de Isaias, entre otros el capítulo LXVI, son aplicables al descubrimiento de las Indias, y dice: «Declaran varios autores muy sabios que todo ese capítulo se entiende de las

Indias (1).» El cardenal de Verone, el gran Valerio, ensalzaba implícitamente la mision del heraldo de la cruz en su libro *De Consolatione Ecclesiae*. Maluenda, Tomás Bozius, Fray Basilio Ponce de Leon, Botero, el Padre Tomás de Jesús, Solorzano, Herrera, cuantos estudiaron formalmente la época del Descubrimiento quedaron persuadidos de la grandeza de la mision conferida á Colon. Con sorpresa y admiracion vieron anunciados por el Rey-Profeta sus buques y hasta sus escudos de armas. En las Sagradas Escrituras se hallan nueve pasajes claramente aplicables al Descubrimiento del Nuevo Mundo.

El curso del tiempo ha hecho más manifiestas estas relaciones y ha puesto más en claro estas aplicaciones. El destino de los Americanos, colegido desde el versículo XII del capítulo LX de Isaias, asombrará al observador. Despues de haber expuesto lo sorprendente que contienen los cuatro versículos precedentes, habla el profeta de la suerte de las naciones de Ultramar que no observaren el culto divino: «Poblaciones y reinos perecerán.» Y como el anuncio de ese terrible castigo no correspondía á una época cercana, añade el real vidente esta expresion del Altísimo: «Yo, que soy el Señor, ejecutaré todo esto en su tiempo (2),» es decir, en la época fijada en los eternos decretos.

Á las almas afortunadamente penetradas de la verdad divina no parecerá en manera alguna extraordinario que haya sido revelado al Profeta, á quien lo fué el Mesias, la mision del Revelador del globo, ese acontecimiento que debia modificar tan profundamente las condiciones futuras de la humanidad. Á los hombres que no quieren ir tan léjos y piden testimonios más recientes, les contestaremos que ademias de los documentos escritos, existe tambien hoy la prueba de un anuncio olvidado, de un presentimiento misterioso de los pueblos relativos á la mision de Colon; y nosotros les probaremos lealmente que la misteriosa figura que vamos á mostrarles seria del todo inexplicable sin Colon.

§ VIII.

Á las revelaciones de Israel sucedió en la época del Mesias una profecía cuyo autor es tan desconocido como su origen, su origen tanto como la fecha, la fecha tanto como el idioma, y sin embargo ha llegado hasta nosotros por transmision constante. Esa misteriosa profecía sin texto escrito, sin autor reconocido, salida

(1) P. Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*, lib. I, cap. xv.

(2) Isaias, cap. LX, v. 12.

no se sabe de dónde, como los ruidos que conmovieron el mundo romano antes del nacimiento del Salvador, se exhibe bajo la forma de una tradición anónima, quizás colectiva, pero evidentemente popular.

La escultura ha personificado esa tradición, que existía en las basílicas arruinadas de Antioquia y Bizancio, las antiguas iglesias de estilo romano, de donde fué llevada al fondo de los monasterios, de las abadías, aún a las catedrales góticas, por medio de las pinturas murales y de la estatuaria. Cierta piadosa creencia ha hecho adoptar como conmemorativa del pasado esa simbólica imagen del porvenir. Queremos recordar la colosal efigie de san Cristóbal y su leyenda popular. Es preciso no olvidar que san Cristóbal era el patron del Descubridor del Nuevo Mundo.

Veamos primeramente la historia real de ese santo, después apreciaremos el significado de sus atributos.

La agiografía nos enseña lo siguiente:

Ofero, sirio de nacimiento, era un pagano de estatura atlética, una especie de Goliath orgulloso de su fuerza, y que no quería servir sino al rey más poderoso de la tierra. Convertido al cristianismo a la vista de un milagro, en el ardor de su fe, no quiso ya otro nombre que el de Porta-Cristo (CHRISTOPHORUS). San Babylas, obispo de Antioquia, le admitió al bautismo. Cristóforo publicó la palabra de Cristo en su país, en los alrededores de la Palestina, en varias comarcas del Asia Menor, y viajó constantemente, predicando con valor el Evangelio, hasta el momento que, preso por los emisarios de la idolatría, durante la persecución del emperador Decio, selló con su sangre la cruz que había llevado.

Su martirio fué muy pronto célebre en Oriente. Los Orientales y los Coptos, lo mismo que los Griegos, le prestaron culto desde luego. San Ambrosio le preconizó. San Cristóbal se halla en la lista de los martirologios más antiguos. En Constantinopla tenía antiguamente dos iglesias dedicadas a su nombre. También hace mención de él el Breviario mozárabe atribuido a san Isidoro de Sevilla. En tiempo de san Gregorio el Grande, había en Sicilia un monasterio bajo la advocación de San Cristóbal. Toledo y otras varias ciudades de España poseían, desde el siglo séptimo, reliquias de ese mártir. En París, la iglesia parroquial de su nombre era una de las más antiguas de la ciudad.

Nada hay más auténtico ni exacto que esa historia de san Cristóbal. Nada mejor fundado que la antigüedad del culto que se le tributó desde el siglo cuarto de la Iglesia. Con todo, si consideramos ahora de qué manera honró a san Cristóbal desde el comienzo la piedad de los fieles, no hallaremos ninguna relación entre las actas apostólicas de su vida, y los atributos bajo los cuales se le representa.

Su imagen es la de un santo colosal cuya actitud y acción no expresan ni la doctrina, ni la penitencia, ni el martirio. No ora, no habla, no padece; sin em-

bargo, no está inmóvil en su gloria. Camina al través del agua llevando en sus hombros a Cristo niño.

Por cierto que no hay en esta imagen del confesor de la fe nada que recuerde el apostolado o el martirio, y es evidente que no siendo en manera alguna aplicable esta representación a los acontecimientos de la vida de san Cristóbal, no podría recaer sino sobre otro héroe de su mismo nombre. Además, habiéndose dado a este nombre realmente simbólico una significación que no puede corresponder al pasado, es claro que se refiere necesariamente al porvenir.

Este hecho implica necesariamente la existencia de una profecía desde mucho tiempo olvidada, de un anuncio misterioso cuyo origen se ignora ahora; pero sobre el cual ha sido necesariamente construido el tipo estatuaria de san Cristóbal, tal como lo produjo primero el Oriente, y tal como lo conserva aún el mediodía de la Europa cristiana. De ahí puede legítimamente inferirse que esa profecía fué quizás contemporánea del martirio de san Cristóbal. No sería imposible que esa figura fuera literalmente la reproducción en piedra de la profecía del santo que fué el primero en tomar el nombre de Porta-Cristo, y habría anunciado que un día cierto grande hombre, llevando también el Cristo en su nombre, transportaría efectivamente la ley de Jesucristo al través del mar Océano. Esto explicaría cómo dando el genio oriental el emblema del santo viajero anunciado al santo mártir, ha esculpido un hombre colosal, en relación con su empresa gigantesca. Por una excepción única en la iconografía sagrada, y las costumbres del culto, adoptó la piedad popular esos atributos figurativos del porvenir. La Iglesia ha dado asilo a las colosales efigies de san Cristóbal que, rindiendo homenaje al gigante mártir de la fe, representaban el futuro apostolado de un grande hombre que llevaría el Cristo.

Para toda persona juiciosa resulta evidente: 1.º, que una tradición misteriosa ocasionó la figura de esa estatua simbólica que anunciaba el porvenir, en lugar de recordar el pasado; despojada, por eso mismo, de todos los recuerdos de la vida apostólica y de la palma del martirio de san Cristóbal, y representándole únicamente sobre todo allí donde nunca estuvo, en el mar; haciéndole cruzar las aguas, cuando sólo evangelizó en tierra; 2.º, que habiéndose perdido las noticias de esa profecía, causa de la efigie colosal, se ha compuesto posteriormente sobre la misma efigie una leyenda piadosa que ha sufrido alteraciones y recibido variantes según las épocas y los lugares. Resulta cierto que el Oriente fué el origen de esa tradición, y que allí se edificaron las primeras iglesias y las primeras estatuas de san Cristóbal.

Pues bien, ¿de qué manera se nos pintó primitivamente a san Cristóbal? ¿Cómo escribió su nombre el cincel iconográfico de los estatuarios?

Los hechos nos responden.

San Cristóbal está invariablemente representado bajo la forma de un gigante que lleva en hombros al niño Jesús, pasando el mar sin estar completamente mojado y apoyándose en un tronco de árbol verde con adornos en su parte extrema y en sus raíces.

Descompongamos ese emblema; los detalles nos harán hallar fácilmente la significación del conjunto.

Ese santo gigante es un cristiano excelente, un héroe del Catolicismo. — Lleva allende los mares á Jesús niño, es decir, la aurora del Evangelio á la tierra nueva. — El niño Jesús tiene en su mano al mundo en forma de esfera que remata en una cruz. Esa esfericidad del globo resume de antemano todo el sistema del descubrimiento. — La cruz en que remata el globo anuncia la propagación del Evangelio entre todos los pueblos. — El gigante católico, ceñida la frente con la aureola, indicio de la santidad, al cruzar las aguas, se apoya en un tronco de árbol floreciente, que tiene hojas y frutos, recuerdo al mismo tiempo de la vara florida de Aaron, de la raíz de Jesé, del tronco del árbol de la salvación, aquel leño que salvó al mundo. — Debe notarse que ese árbol lleva en su cima palmas que producen dátiles, características del Oriente, y en su parte inferior raíces fibrosas, imagen de la trasplatación, del nuevo cultivo. — Además, la antigua divisa latina de san Cristóbal, que expresa la bondad de aquel apóstol gigante, de suavidad de Paloma, y la Buena Nueva de que es portador, dice: — QUI TE MANE VIDENT, NOCTURNO TEMPORE RIDENT. Estas palabras implican evidentemente el movimiento futuro, el viaje venidero, y de ninguna manera pueden referirse al pasado.

En lo sucesivo, después de las invasiones de los Vándalos, de los Arrianos, habiéndose hecho ininteligible para muchos aquella estatua colosal, se fabricó en Alemania y en los países del Norte una leyenda que pudiera explicar aquella figura y aplicarse á la vida de san Cristóbal. Poco á poco se modificaron los accesorios de dicha imagen: en lugar de un misionero que llevara el Cristo, se imaginó un ermitaño que pasara gratis á los viajeros sobre sus hombros en medio de torrentes. Semejante empleo en aquella época cuando sólo había pocos puentes y barcas para la comodidad de los peregrinos, podía ser una verdadera utilidad. Por razón de sus fuertes hombros se ha convertido á san Cristóbal en predecesor de los frailes pontiferos ó constructores de puentes, consagrados modestamente á dichas obras, siguiendo el ejemplo del joven pastor san Benezet, á quien el conde Venaissin debió el puente de Aviñon. Dícese que, para probarle, se le presentó cierta noche Jesucristo, bajo la forma de un niño, pidiéndole que le pasara á la orilla opuesta del torrente engrosado por las aguas, y que el santo, aunque algo contrariado porque se le molestaba á semejante hora, después de cargárselo al hombro, reconoció, por el peso enorme de aquel niño que iba aumentando á cada paso, que llevaba al Señor del mundo.

La tradición misteriosa y la gran efigie que la consagraba en las iglesias de Oriente, al llegar á los bosques de la Germania y á las nieblas de las costas del Norte, tomaron también el carácter de una leyenda vulgar, de una anécdota cristiana hecha para solaz de las largas veladas de invierno. Las pinturas sufrieron también las variantes de la tradición: reemplazóse finalmente el mar por un río, y se representó á san Cristóbal pasando el río con el niño Jesús en hombros. En una de las orillas hay un ermitaño, con reliquias en la mano, cerca de una capilla con su campanario; en la otra, hay un bravo alemán á caballo que se dirige al molino cuya rueda hidráulica se vé.

Esta última versión de la leyenda tudesca ha sido reproducida por la pintura en una multitud de iglesias del Norte; en las orillas del Rin, en Baviera, Bélgica, Alemania y en el centro de Francia. Hace dos años la encontramos en Borgoña entre las pinturas murales del coro en la antigua abadía de los Benedictinos de Saint-Seine, uno de los mejor conservados de la Edad media. Tan difundida estaba en Europa esta figura, resumen de una leyenda piadosa, que formó el asunto del más antiguo grabado en madera que ha llegado hasta nosotros, llevando una fecha. La que se conserva en el gabinete de las estampas de la Biblioteca imperial data del año 1423. Este grabado nos ha parecido la copia fiel del fresco abacial de Saint-Seine, repetida casi sin variante en la mayor parte de las iglesias del Norte.

No obstante, á pesar de su profusión, no deberá buscarse en el Norte la exacta representación del coloso emblemático de san Cristóbal. Para hallarla, es preciso volver al Mediodía, junto al país de donde es originaria. San Cristóbal es allí exactamente el gigante que lleva á Jesús y pasa el mar grande, no llegándole el agua más que á la cintura, teniendo en una mano á manera de baston el árbol místico que ha de trasplantar, ó bien la cruz que va á llevar allende el mar. El santo viajero está de tal manera vestido con sus atributos de misionero que le cuelga de su cintura la calabaza, simbolo de su viaje.

¡Cosa curiosa! las iglesias, imágenes y nombres de san Cristóbal abundan más en el Mediodía que en el Norte, y entre las poblaciones del litoral más que en las del interior. Entre todos los países cristianos, España fué donde se multiplicaron más las efigies, capillas é iglesias de san Cristóbal. De seguro que ninguna otra nación poseyó, de tan antiguo ni en tantos altares, reliquias de ese mártir, y ni levantó más elevadas imágenes al santo gigante que atraviesa el mar.

También una antigua tradición, perdida mucho tiempo há, que se remonta á lo ménos al siglo doce, y recordada por Cristóbal Colon, después de su tercer viaje (1), había indicado que la España estaba destinada á realizar una gran

(1) «El abad Joachin Calabres dijo que había de salir de España quien había de reedificar la casa del monte Sion.»—*Libro de las Profecías*, fól. iv.